



Editorial

Una economía provincial

Por: ***La Directora***

Bogotá está más muerta que nunca. A las 7 de la noche cierran muchos de los establecimientos que antes trabajaban por lo menos hasta las 8 o 9 de la noche. Bares, restaurantes, librerías, cafeterías, cines e incluso supermercados han reducido sus horas de atención. En días como el jueves, que son buenos comercialmente para este tipo de negocios, los puntos de la ciudad antaño más recurridos se ven notoriamente desocupados y las filas que había que hacer para entrar a ciertos restaurantes son ya cosa del pasado.

La ciudad parece un pueblo grande y desolado, uno donde la gente solamente alcanza a trabajar y a transportarse. Y, a propósito, también el horario en que se pueden utilizar las zonas comunes de los conjuntos residenciales se ha reducido, de modo que cuando la gente llega del trabajo a sus casas, ya es muy tarde para disfrutar esas comodidades.

En mi opinión, una gran parte de esta "provincialización" de la economía se explica por dos factores: la reforma laboral y el irrazonable aumento del salario mínimo del último año.

Desde 2021 la ley ordenó reducir progresivamente el horario de los trabajadores. Pasamos de 48 horas semanales a 42 al día de hoy. Esto ya explicaría un aumento significativo de los costos laborales y una reducción de la demanda (pues el aumento de los cos-

tos se traslada al consumidor). Pero eso no es todo. La segunda reforma laboral (la del año 2025) además cambió la hora de inicio de la jornada nocturna (antes empezaba a las 9.00 pm; ahora a las 7.00 pm), aumentó los recargos por horas extras y dominicales, le puso un tope al número de horas extras que un trabajador puede hacer, e hizo obligatorio conceder permisos remunerados de todo tipo a los empleados. Esto sin contar con la cantidad de otras cargas y arandelas que hacen que dar empleo en este país sea prácticamente una misión imposible. Y como si todo lo anterior no fuera suficiente, a finales de 2025 el salario mínimo aumentó, por decreto del pasado gobierno, un 23%, superando incluso las expectativas más ambiciosas de cualquier sindicalista.

Este es un coctel de sobrecostos muy difícil de absorber para la economía, que se ha venido contrayendo irrefutablemente. Hay menor disponibilidad de servicios y precios mucho más altos, algo que, a corto plazo, de forma inevitable y lógica, destruirá un número importante de empleos. En conclusión: una economía más pequeña e informal.

Sin embargo, no quiero que el sabor que deje esta nota editorial sea uno pesimista. Por el contrario, confío en que con los buenos oficios del nuevo gobierno la situación se vaya reequilibrando. Van tres meses y ya hay muestras de que la política económica estará muy apartada de lo que venía siendo los últimos cuatro años: al menos no seguiremos por el mismo camino que, probadamente, nos estaba acercando al precipicio.

Adenda:

¡Felicidades a todos los profesionales de la agronomía que ejercen en el sector floricultor! Admiramos y homenajeamos sus conocimientos y esfuerzos.

